


Breves reflexiones, retos y apuestas sobre la academia, el sistema educativo y el COVID-19



 Luciana Quispe

Resumen

El presente contexto de crisis producido por el COVID-19 ha alterado todos los ámbitos de nuestras vidas; en lo que respecta al sistema educativo, se vio particularmente afectado por tratarse de uno de los más golpeados estructuralmente en los últimos años. Este escrito espera ser una contribución a la reflexión acerca del papel que cumple la academia en este escenario y los desafíos que nos esperan como estudiantes, docentes, e investigadorxs durante y luego de la pandemia.

Reflexiones iniciales

El complejo marco socioeconómico que se ha presentado a partir de la pandemia causada por el COVID-19 ha puesto en evidencia las falencias estructurales de un mundo arrasado por el capitalismo global —y todo lo que ello implica—¹ en general, y del sistema educativo, en particular.

1. Cfr. Bourdieu (1999), Bauman (2011) y Castel (2010), entre otrxs.

El virus causante de la enfermedad ha avanzado a tal manera que volvió vulnerables a todas las personas del mundo, al ponerlas en riesgo de contraer el contagio. Sin embargo, a pesar de instalar cierto clima de intranquilidad, sería absurdo mencionar que ha causado las mismas consecuencias e impactos en cada sector de la población y/o que se trata de la misma vulnerabilidad. La crisis atraviesa múltiples realidades y preocupaciones que se manifiestan en el ámbito de lo económico, lo social y lo político, y expone directamente a determinados grupos poblacionales al riesgo total.

En los últimos días ha habido una intensificación de los medios de comunicación en mostrar estas realidades diversas, soslayadas por el Estado e invisibilizadas y criminalizadas durante años por los mismos medios y por la sociedad en general, como si se tratara de novedosas desigualdades antes que de una profundización de las mismas. Es en este contexto en que me pregunto cuál es el rol de las distintas instituciones, generadoras de procesos de cambio y consolidación de políticas públicas y sociales, y en especial el de la academia, que tantas herramientas me ha brindado. Es por eso que para este escrito me voy a referir particularmente a la educación y mis percepciones sobre el rol de la academia en y con la sociedad.

El escenario educativo presente me ha permitido cuestionarme acerca de las modalidades de cursada y prácticas pedagógicas de enseñanza-aprendizaje y aprendizaje-enseñanza en la que nos insertamos como estudiantes y docentes

¿Qué hacemos con todo eso que aprendemos? ¿Qué rol debemos asumir como profesionales o futurxs profesionales? ¿Qué aprendemos, para qué y para quién? ¿La academia te prepara para salir de las cuatro paredes de la “zona de confort”? En mi caso me formé en antropología en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, pero creo que esta reflexión excede tanto al formato educativo de esta casa de estudios como al nivel estrictamente universitario.

En contingencias como ésta, pensar en la continuidad de las clases como si afuera nada pasara puede resultar un privilegio para algunxs, y una angustia para otrxs. De esta manera, el lugar cómodo en el que ubica la academia a ciertos estudiantes se convierte, en este momento de confinamiento, en el único refugio donde unx puede quedarse horas y horas estudiando, investigando, “avanzando” en cada carrera. Pero, ¿acaso no estamos preparados para reflexionar en conjunto y organizarnos para llevar a cabo determinadas acciones? Estamos ante un sistema que nos prepara para ser individualistas y competir entre pares: por puntajes meritocráticos, por saber escribir “papers”, por sacar notas altas, etcétera; y no para reflexionar en conjunto, llevar lo teórico a la práctica, o como propone Apple (2015), para formarnos como intelectuales críticos, “orgánicos” y “públicos” con las sociedades, para hacer frente y dar respuesta a las relaciones de dominación existentes y a las desigualdades que seguramente se han visto intensificadas en esta coyuntura. Esto no involucra solo a cuestiones de clase, sino también a las diferencias de género, étnicas y culturales, entre otras, que se ven exacerbadas, donde se producen diferentes formas de racismo, situaciones de violencia y otros tipos de ataques a los derechos humanos.

El panorama ya era preocupante, y el sistema educativo ya traía problemas: recortes salariales a lxs docentes, en investigación y ciencia; presupuesto insuficiente para infraestructura edilicia y para el material de trabajo, y sin mencionar las inequidades en el acceso a la educación y la permanencia en ella, el acceso a Internet y el desempleo al que está expuesta gran parte de la población. A estos factores se suman ahora el estrés que genera el encierro, en algunos casos con familias numerosas que deben convivir bajo el mismo techo, la incertidumbre, la preocupación y desesperanza. Quedó evidenciado, entonces, que el sistema educativo no estaba preparado para una crisis como ésta; ni garantiza el mismo acceso a las herramientas tecnológicas necesarias para afrontar clases virtuales, ni lxs docentes son preparadxs para utilizar estas herramientas y plataformas digitales. Por el contrario, la mayoría aprendió sobre la marcha de manera autodidacta y/o con cursos rápidos.

En momentos de incertidumbre como este, como mencionan Castels (2010) y Bauman (2007), donde los tiempos corren a otra velocidad, donde el individualismo se penetra en el ser de cada unx, a través del encierro y la falta de tacto y empatía con el/la otrx; y donde todas las desigualdades ya existentes se intensifican aún más, ¿no es cuando más deberíamos poner en práctica todo ese contenido que absorbimos durante años de estudio? ¿Qué retos se vienen para nuestras disciplinas? ¿Cómo encaramos el mundo pos COVID-19?

Creo que desde nuestro lugar como “académicxs” es importante que “aprovechemos” este momento para darle un giro al horizonte de nuestras carreras, que utilicemos las herramientas disponibles y reflexionemos en conjunto. Porque un día deberemos salir a las calles, a encarar a la sociedad devastada, y es necesario, y una responsabilidad que debemos tomar, estar a la altura de las circunstancias, haciendo uso de la multidisciplinariedad de metodologías con la que contamos. Encontrar lo positivo, lo bueno, dentro

de todo lo malo, sonará utópico quizás, pero es posible si lo deseamos. Estamos ante la posibilidad de instaurar una nueva academia, más colectiva, más humana. Menos individualista y más solidaria con las sociedades subalternizadas, con lxs colegas, con el mundo.

Reflexiones finales

Nos encontramos frente a una crisis que trastoca toda la estructura social, económica, política y cultural, y lamentablemente no deja por fuera a la educación; un ámbito que ya venía golpeado por la precarización, y por una academia competitiva e individualista. Sin embargo, tenemos la posibilidad de contribuir al cambio, trabajando colaborativa e interdisciplinariamente, para contrarrestar con las fragilidades de las zonas de confort en que nos posiciona la academia. Y hacer así que nuestras disciplinas se vuelvan fundamentales para aportar a la resolución de problemáticas urgentes. Nos estamos enfrentando a un mundo nuevo de enseñanza-aprendizaje, desconocido para muchos, donde los espacios de reflexión se vuelven fundamentales; donde se nos presentan nuevos desafíos y retos, como ver a las tecnologías y a las plataformas digitales de otra manera —acostumbradx en la mayoría de casos a utilizarlas como medios de diversión o dispersión—, a pensarlas desde lugares pedagógicos y como medios para llegar a otros sujetos con realidades divergentes.

No quiero dejar de mencionar en este sentido, que desde la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA se tomaron iniciativas que resultaron muy provechosas para la comunidad educativa, como el taller “Formar en cursos virtuales”, con decenas de inscriptos; acompañamiento a estudiantes que lo necesiten, a través del Programa de Orientación de dicha Facultad, en el que felizmente participo, entre otras acciones. Encontrar lo positivo en medio de este panorama puede parecer egoísta, pero somos quienes tenemos la posibilidad de incidir en las decisiones de quienes dirigen los destinos de la humanidad, y por más injusto que sea, no debemos desaprovecharlo.

Bibliografía

- » Apple, M. (2015). Conocimiento, poder y educación. Sobre ser un académico activista. *Entramados. Educación y Sociedad*.
- » Bauman, Z. (2007). *Los retos de la educación en la modernidad líquida*. Barcelona, Gedisa.
- » _____ (2011). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona, Gedisa.
- » Bourdieu, P. (1999). *La miseria del mundo*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- » Castel, R. (2010). *El ascenso de las incertidumbres. Trabajo, protecciones, estatuto del individuo*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

La autora

Luciana Quispe

Estudió Antropología en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Desde 2017 integra equipos de investigación y extensión universitaria y extrauniversitaria, que vinculan su formación académica con el trabajo territorial con pueblos indígenas. Forma parte de la organización y comunidad quechua-aymara “Qhapaj Ñan”, donde además es activista.